

## ***Extractivismo y “Consenso Social”: Expropiación – consumo y fabricación de subjetividades (capitalistas) en contextos neocoloniales.***

Horacio Machado Aráoz \*

### **Resumen:**

En el presente trabajo buscamos presentar una hipótesis crítico-hermenéutica en torno al (aparentemente) sólido consenso electoral que sostiene a los distintos oficialismos gobernantes actualmente en América Latina, todos ellos impulsores de lo llamamos *regímenes extractivistas*. Procuramos aportar así una respuesta conjetural que intenta echar luz a los cimientos motivacionales y ecobiopolíticos que están en la raíz de lo que Svampa ha caracterizado como el “*consenso de los commodities*”.

A nuestro juicio, para comprender el apoyo electoral que suscitan las políticas extractivistas en curso, es preciso analizar las políticas de fabricación / colonización de las subjetividades que se urden en torno a la expansión del consumo y la mercantilización creciente de las relaciones sociales en el actual contexto.

Basándonos en una ecología política de base marxiana, esbozamos una sucinta ecología política de las emociones, orientada a indagar en las raíces más profundas de las nuevas dinámicas expropiatorias que se configuran en América Latina, de la mano precisamente de tales regímenes extractivistas.

A modo de conclusión, se busca resaltar la relevancia del concepto de expropiación ecobiopolítica como efecto de la específica política de los cuerpos y las emociones que se activa en los actuales escenarios del extractivismo.

### **Palabras clave:**

Neocolonialismo, Expropiación, Consumo, Fetichismo

## ***Extractivism and "social consensus". Expropriation - consumption and production of (capitalist) subjectivities in colonial contexts.***

### **Abstract:**

---

\* Licenciado en Ciencia Política (UCC). Magíster en Cs. Sociales (UNCa). Doctor en Cs. Humanas, con Mención en Estudios Culturales y Sociales (UNCa). Profesor de Facultad de Humanidades y de la Escuela de Arqueología (Universidad Nacional de Catamarca). Programa de Investigación Sobre Acción Colectiva y Conflicto Social – (CIECS Conicet – Universidad Nacional de Córdoba)

E-mail: [machadoaterreno@arnet.com.ar](mailto:machadoaterreno@arnet.com.ar)

## *Extractivismo y “Consenso Social”*

In this work we seek to present a critic - hermeneutics hypothesis concerning the (seemingly) solid electoral consensus that it supports to the different governing party-liners nowadays in Latin America, all drivers of what we call extractive regimes. We try to provide as well a conjectural response aims to shed light to the motivational and eco-biopolitics foundations, which are at the root of what Svampa has been characterized as the "consensus of the commodities".

In our view, to understand the electoral support that the extractive policies in course arouse, it is necessary to analyze the policies of manufacturing / colonization of subjectivities that stir up war around the growth of consumption and capitalistic relations in the current context.

Based on a Marxist political ecology, we outline a brief political ecology of the emotions, oriented to probe into the deepest roots of the new dynamic expropriation that are configured in Latin America, from the hand of precisely such extractive regimes.

Like conclusion, one seeks to highlight the relevancy of the concept of eco-biopolitics expropriation as effect of the specific politics of the bodies and the emotions that are activated in the current scenes of the extractivism.

### ***Key-words:***

Colonialism, Expropriation, Consumption, Fetichism



## 1.- A modo de introducción. Las paradojas de Nuestra América, ¿socialismo del Siglo XXI o capitalismo neocolonial?

*“Ahora bien, si existe efectivamente, y es mi creencia, una relación no entre democracia y capitalismo sino entre la apatía política a través de la cual funcionan más o menos los países ricos y el nivel de vida en el sentido capitalista del término, la universalidad de esta democracia exigiría que se llevara el nivel de vida de los países pobres así definido al nivel de los países ricos, con una aproximación del 20, 30 o 50%. En otras palabras, habría que multiplicar la producción anual mundial por un factor que sería aproximadamente 200 (...); y por ende, aumentar 200 veces más la velocidad de la destrucción anual de la naturaleza, el volumen de las emanaciones tóxicas, etcétera. Y, suponiendo que una operación mágica permitiera alcanzar este nivel de producción mundial, sería necesario que este siga aumentando luego a razón de 2 al 3% por año... Si queremos la universalización de la democracia de estilo de vida occidental y despreciamos las utopías, tendremos que decir de qué manera estos desafíos serán enfrentados.” (Castoriadis, 2005:176).*

*“El control social del aire, el agua, etc., en nombre de la protección ambiental muestra de manera clara cómo los propios seres humanos se ven sometidos de una forma cada vez más profunda al control social. El hecho de que la naturaleza, el aire, el agua se conviertan en bienes escasos que se introducen en el campo de los valores después de haber sido simples fuerzas productivas, muestra cómo los mismos seres humanos se adentran cada vez más profundamente en el campo de la economía política.” (Jean Baudrillard, 1972)*

Tras la crisis del régimen de acumulación de posguerra, la globalización neoliberal ha provocado una profunda transformación de los espacios de vida a escala global. La necesidad de adaptar los procesos y las condiciones de existencia –sus bases ecológicas y sus expresiones sociales- a las nuevas exigencias del capital ha sido el principio rector bajo el cual se ha echado a andar un nuevo ciclo de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004).

El neoliberalismo significó justamente eso: la apertura de un nuevo ciclo de mercantilización que se abre paso expandiendo las fronteras materiales y simbólicas del capital a través de múltiples formas y recursos de violencia. En el marco de esa dinámica “la subsunción real de la vida humana al capital” involucró no sólo “formas más sofisticadas de apropiación de trabajo excedente y de difusión de la socialidad abstracta mercantil-capitalista”, sino también nuevos dispositivos y tecnologías de “subordinación de la naturaleza y de procesos biológicos que son constitutivos de la reproducción natural de la vida” (Gilly y Roux, 2009: 36).

No casualmente, estas transformaciones han tenido por epicentro nuevas estrategias y disputas por el control de los territorios y han comenzado por un profundo e intenso reordenamiento geoeconómico y geopolítico del espacio socioterritorial de América Latina.

En el marco de este nuevo ciclo de redefinición del colonialismo y de reestructuración de sus soportes materiales y simbólicos a nivel global, la vasta diversidad y riqueza ecológica de la geografía latinoamericana adquirió –una vez más- un valor estratégico sobresaliente, como espacio subalterno de aprovisionamiento y subsidio de bienes y servicios ambientales capaces de ‘alimentar’ un nuevo ciclo de expansión capitalista.

Así, a partir del último cuarto del siglo pasado, las sociedades latinoamericanas pasaron a funcionar como el ‘laboratorio global’ de las políticas neoliberales<sup>1</sup>. Tras ese traumático proceso, se terminó instaurando un nuevo ciclo de re-colonización de la Naturaleza americana: la vasta riqueza y diversidad ecológica de la región<sup>2</sup> fue progresivamente quedando a merced de grandes núcleos transnacionalizados del capital especializados en la explotación intensiva de la naturaleza con destino exportador. El avance de la *commoditización* de los territorios terminó consolidando una profunda reversión en la economía latinoamericana, caracterizada por la *re-primarización, concentración y extranjerización del aparato productivo regional* (Machado Aráoz, 2012a).

La exportación de productos primarios pasó a ser la clave no sólo de la nueva ecuación macroeconómica de la región<sup>3</sup>, sino también, y decisivamente, de los nuevos regímenes de gubernamentalidad, de control y disposición sobre los territorios y las poblaciones; sobre la materia y la energía; sobre los cuerpos y las almas.

Con el pasaje del *Consenso de Washington* al *Consenso de Pekín*<sup>4</sup> los gobiernos de la región dejaron aparentemente atrás las épocas de ajustes estructurales, recortes de salarios y de empleos. Los saldos superavitarios de las balanzas comerciales provistos por la intensificación exportadora de naturaleza pasaron a sustentar sólidos consensos políticos en torno a los distintos oficialismos gobernantes. Así, atravesando todas las jurisdicciones ‘soberanas’ y las más rígidas fronteras ideológicas, un nuevo ciclo de *desarrollismo extractivista* se echó a andar. Se extendió a lo largo de la vasta diversidad biológica y climática de la geografía latinoamericana, y llegó a abarcar a los más diversos paisajes ideológicos de los gobiernos vigentes; desde los gobiernos de la derecha ‘moderada’ y de la extrema, a los

---

<sup>1</sup> En el lapso de ese período, las políticas económicas ensayadas en la región se orientaron a profundizar la captación de IED (inversión extranjera directa), la apertura comercial y la promoción de exportaciones. Se aceleró, así, el ingreso de grandes corporaciones ligadas a la exportación de materias primas; se incrementaron abruptamente las tasas de extracción de hidrocarburos, de yacimientos minerales, de recursos forestales y pesqueros; se expandieron las superficies de monocultivos de exportación; la radicación de fases industriales altamente contaminantes y/o intensivas en agua y energía, y los procesos de privatización-patentamiento de la diversidad biológica por parte de grandes laboratorios (CEPAL, 2002; 2010; Schapper, 1999 Gudynas, 2009). Como un aspecto no menor, se avanzó, además, en el diseño de mega-obras de infraestructura y nuevos corredores transcontinentales (Plan Puebla-Panamá y la Iniciativa para la Infraestructura Regional Sudamericana –IIRSA) para asegurar la ‘conectividad’ de los territorios, la disponibilidad de agua y energía a los inversores y la plena movilidad de los ‘recursos naturales’.

<sup>2</sup> En las últimas dos décadas, las grandes plantaciones de monocultivos forestales y los agronegocios –principalmente de caña, soja y maíz transgénicos- llegaron a ocupar 680.000 km<sup>2</sup> de la Amazonía y 140.000 km<sup>2</sup> en Argentina, en tanto que en Paraguay pasaron de ocupar 8.000 km<sup>2</sup> en 1995 a 20.000 km<sup>2</sup> en 2003, y en Bolivia verificaron un incremento de 10.000 km<sup>2</sup> en el mismo período (CEPAL, 2002; Cifuentes Villarroel, 2006). En lo que respecta a la expansión de la gran minería metalífera, el área concesionada a proyectos de exploración y explotación minera llegó a cubrir el 10 % del territorio de la región a fines de 2000 (Cifuentes Villarroel, 2006). En el caso de Chile, la superficie territorial concesionada a grandes corporaciones mineras alcanzaba al 10.6 % en 2003 (80.000 km<sup>2</sup>); en el Perú, la superficie minera se incrementó del 1,5 % en 1991 al 8,2 % en 2006, llegando a cubrir más de 105.000 km<sup>2</sup>. En Ecuador la superficie efectivamente concesionada a explotaciones mineras pasó del 5 % en 2000 al 16,7 % en 2004 (45.513 km<sup>2</sup>); en Panamá, comprendía al 45 % del territorio, mientras que en Argentina, la exploración en las dos últimas décadas alcanzó rápidamente los 750 mil km<sup>2</sup> (Machado Aráoz, 2012a).

<sup>3</sup> Las ventas externas de bienes agropecuarios, forestales e ictícolas pasaron de 2.800 millones de dólares en 1970 a 72.300 millones de dólares en 2008; en tanto que las exportaciones mineras saltaron de 3000 millones de dólares a 140.300 millones de dólares en el mismo lapso. En términos generales, el peso de la exportación de materias primas sobre el total de exportaciones llegó a alrededor del 90 % en países como Venezuela, Ecuador, Chile, Perú y Bolivia, y entre el 70 y el 60 % en países como Colombia, Uruguay, Argentina y Brasil (Cepal, 2010a; 2010b).

<sup>4</sup> Parafraseo acá una expresión de Maristella Svampa (2012) que refiere a esta fase como la del ‘Consenso de las commodities’. En nuestro caso, preferimos mencionar la relevancia de las transformaciones geo-económicas mundiales que tiene la ‘irrupción’ de la industrialización de China y su papel en la región.

gobiernos (autoproclamados) ‘progresistas’, y aún a los ‘revolucionarios’; desde aquellos que abren las puertas a la expansión del militarismo norteamericano, permiten la instalación de nuevas ‘bases’ e impulsan los TLC con las potencias dominantes, a los que adoptan una retórica ‘anti-neoliberal’, e incluso, a aquellos que modificaron sus Constituciones y consagraron en los nuevos textos los “Derechos de la Naturaleza” y el “Buen Vivir”.

Transcurrida ya más de una década de sus inicios, la implantación del extractivismo en la región ha implicado cambios drásticos en todas las dimensiones constitutivas de la realidad social. La contundencia y eficacia transformadora de los nuevos regímenes extractivistas han dado lugar a *la conformación de un nuevo escenario socioterritorial regional*, tanto en el plano macro, de las instituciones y variables estructurales, como en nivel micro, de las subjetividades y las experiencias de la vida cotidiana.

En términos estructurales, ha significado una reconfiguración general de la geografía regional: a través de la definición de las zonas de extracción y de las distintas áreas de impacto, de la implantación de grandes obras de infraestructura y sus mega-corredores de insumos y productos, ha operado un completo rediseño de los territorios; tanto en términos ambientales como jurisdiccionales, ha supuesto el trazado de nuevos mapas y nuevas fronteras. La estructura y funcionamiento de los ecosistemas de las regiones intervenidas se han visto profundamente alteradas, y sujetas a procesos dinámicos de transformación con efectos de largo alcance y consecuencias prácticamente imprevisibles.

Traducidos al campo económico, los impactos del ‘boom’ extractivista, han significado, por cierto, una correlativa y proporcional reestructuración de la economía regional, involucrando cambios sustanciales en la composición y dinámica del PBI, en su distribución sectorial y regional; en el comportamiento de las principales variables macroeconómicas; en la fragmentación y reorganización selectiva de tejidos y cadenas productivas y, por cierto, en la estructura y morfología patrimonial de las economías internas.

Ya en el plano político-estructural, la implantación del nuevo ‘modelo’ ha supuesto una fenomenal redefinición de la estructura y las relaciones de poder entre distintos actores, y de la escala jurídica de los valores políticos que, en conjunto, terminan consagrando -integralmente, *de jure* y *de facto*- un *nuevo régimen de asignación asimétrica de derechos entre poblaciones y corporaciones*, cuyos efectos e implicaciones exceden ampliamente las solas tensiones y distorsiones verificables en el campo de las reglas formales de los sistemas representativos y republicanos.

Tantas y tales abruptas transformaciones han tenido sin embargo una (al menos) paradójica o ya contradictoria manifestación en el campo de las arenas políticas. Por un lado, el avance expropiatorio del capital sobre los territorios ha significado la instalación de *un foco de violencia estructural* en lo más profundo de nuestras sociedades que cobra visibilidad en el estallido de una creciente conflictividad socioterritorial que se extiende por toda la región. Desde México a la Patagonia, del Pacífico a la costa atlántica, se verifica el estallido de una intensa y vasta gama de conflictos protagonizados por conjunto diverso de movimientos y sectores sociales que tienen en el eje de sus reclamos, la defensa de sus territorios como fuentes de vida, trabajo y salud. Se trata en general de conflictos que no sólo han crecido en cantidad y frecuencia, sino también en intensidad; tornándose cada vez más violentos y dando lugar a irrupción y multiplicación de episodios de represiones violentas, asesinatos y persecuciones de líderes sociales, casos de criminalización y judicialización.



Por otro lado, en un contraste casi perfecto, las arenas de la política institucional parecen atravesar sus momentos de mayor calma y estabilidad, con el predominio de gobiernos fuertes, basados en sólidos consensos electorales. En escenarios de crecimiento económico y expansión del consumo, los vectores de inestabilidad política se disipan y la región pareciera atravesar un período de consolidación democrática. Fuera de los “territorios en disputa”, las mayorías urbanas de la región parecen conformes con el rumbo político planteado.

Al contraste entre una conflictividad cada vez más intensa en los territorios de la “frontera extractivista” y las (aparentemente) sólidas mayorías electorales sobre las que se asienta el rumbo económico-político impulsado por los distintos gobiernos de la región, cabe añadir un elemento más que profundiza las paradojas del escenario regional presente: la creciente confrontación sociopolítica que, con mayor virulencia, se da al interior de los países bajo el mando de los denominados “gobiernos progresistas” sobre el rumbo y el sentido político de las políticas en curso.

En efecto, tanto entre los gobiernos *reformistas* o de *centroizquierda* (Brasil, Argentina, Uruguay) como entre los caratulados como *revolucionarios* o de *izquierda* (Venezuela, Bolivia y Ecuador), se constata una creciente confrontación con ciertos sectores de los movimientos sociales que precisamente impugnan y rechazan las políticas extractivistas.

Esta fractura no confronta sólo a gobiernos con sectores del campo popular, sino que ha partido en dos a las propias organizaciones y movimientos del campo popular. De un lado, gobiernos “progresistas” y sectores populares adeptos que apoyan a rajatabla las políticas económicas en curso, a las que conciben como la salida del neoliberalismo y la alternativa “real” y “posible”, ya para la construcción de “modelos de desarrollo con inclusión social” o un “capitalismo de base nacional con rostro humano” (casos de Brasil, Argentina, Uruguay), ya como vía de transición hacia el “socialismo del siglo XXI” (Venezuela, Bolivia, Ecuador). Del otro lado, sectores populares que resisten y denuncian las políticas en curso como una recaída en las trampas del neocolonialismo y en la profundización de la dependencia histórico estructural. Mientras que éstos acusan a los regímenes extractivistas como la versión contemporánea del capitalismo periférico, dependiente y neocolonial, las fuerzas sociales que apoyan a los gobiernos progresistas acusan a los críticos al extractivismo como sectores que terminan siendo “funcionales a la derecha” y a las fuerzas más conservadoras de la sociedad.

A nuestro entender, para construir una mirada comprehensiva sobre este escenario y para brindar una hermenéutica de los procesos en curso que brinde interpretaciones consistentes sobre estas aparentes paradojas, es preciso integrar al análisis una lectura que contemple la *ecología política de los cuerpos y las emociones*. Una perspectiva tal, acá construida en base al materialismo histórico de la ecología política de Marx (Marx, [1844] (1978); [1857] (1971); [1867] (1977); Foster, 2004) y a los desarrollos de la sociología de las emociones ofrecidos por Scribano (Scribano, 2007; 2008a; 2008b; 2009; 2010), permite aproximarnos a la complejidad, las paradojas y las contradicciones que se ciernen en los actuales contextos sociopolíticos regionales.

Esta perspectiva se ocupa de analizar las condiciones de posibilidad, las implicaciones y efectos del extractivismo no ya sólo a nivel de la macrogeopolítica del capital (la división internacional del trabajo, las estructuras macroeconómicas de dependencia y los mecanismos del imperialismo ecológico) sino también, y decisivamente, en el plano microbiopolítico de la constitución de las

subjetividades. En tal sentido, acuñamos la noción de *expropiación ecobiopolítica* como concepto que ayuda a visibilizar los impactos del extractivismo en el plano de los cuerpos, las emociones y los sentimientos de las agencialidades políticas, y, sobre esa base, a proyectar una hermenéutica de los procesos conflictuales en curso en términos de disputas coloniales en torno a la subjetividad-afectividad-territorialidad.

## **2.- Extractivismo y falla metabólica. Su impacto sobre cuerpos y territorios**

“No es la *unidad* de la humanidad viviente y activa con las condiciones naturales, inorgánicas, del intercambio metabólico con la naturaleza lo que requiere explicación, sino antes bien, la *separación* existente entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esta existencia activa, una separación que se postula por completo únicamente en la relación del trabajo asalariado con el capital” (Marx, *Grundrisse*, 1857)

Para analizar los profundos efectos coloniales del extractivismo es preciso partir del re-conocimiento de la ineludible base biológico-material de la condición humana y la dependencia geo-ecológica de todos los fenómenos y procesos sociales. Hacia tal dirección apunta la ecología política de Marx, cuyo materialismo crítico (sensu Bashkar, 1987; 1989) toma como punto de partida del análisis social la existencia corporal de la agencialidad humana y, subsiguientemente, el papel fundamental que desempeña el proceso metabólico entre los cuerpos y los territorios como base de los procesos de reproducción de la vida.

En efecto, para Marx “la *primera premisa de toda la historia humana es la existencia de individuos humanos vivos. El primer hecho a constatar es, por tanto, la organización corpórea de esos individuos y la relación por eso existente con el resto de la naturaleza*” (Marx y Engels, 1846). De allí, por tanto, se deduce que la “separación” entre cuerpo humano y naturaleza no es más que el efecto de un proceso histórico-material de diferenciación y complejización entre elementos de un mismo sistema. A punto tal que, el cuerpo humano, como parte de la naturaleza, para continuar en su estado de organismo viviente, no puede prescindir de los flujos y vínculos energético-materiales que lo unen metabólicamente a aquella. En términos de Marx, “la naturaleza es el cuerpo inorgánico del hombre; es decir, la naturaleza en cuanto no es el mismo cuerpo humano. *Que el hombre vive de la naturaleza quiere decir que la naturaleza es su cuerpo, con el que debe mantenerse en un proceso constante, para no morir.* La afirmación de que la vida física y espiritual del hombre se halla entroncada con la naturaleza no tiene más sentido que el que la naturaleza se halla entroncada consigo misma, y que el hombre es parte de la naturaleza” (Marx, 1844).

Así, el carácter histórico-material del cuerpo se comprende plenamente cuando se percibe la profunda conexión metabólico-existencial que existe entre éste y el mundo geo-biofísico. Hablar de ‘exterioridad’ y de ‘interioridad’ en tal sentido sólo puede aludir a dos momentos o instancias de realización de la misma materia viviente. La materialidad del cuerpo -forma existencial ‘individuo-humano’- sólo existe a través de la continua conexión metabólica con la materialidad de la Tierra-ecosistema, y es absolutamente dependiente de ésta. A punto tal que nuestro cuerpo es el aire que respiramos, el agua que bebemos y la tierra que ingerimos en forma de alimento. A través de esos

flujos e intercambios metabólicos, la ‘naturaleza’-ambiente es literalmente *in-corporada* a la naturaleza-cuerpo-humano.

De allí que los procesos de expoliación, destrucción y contaminación de los territorios-ecosistemas conlleven insoslayablemente simétricos y correlativos procesos de apropiación, explotación y degradación de los cuerpos. No hay procesos de explotación de la naturaleza<sup>5</sup> que no impacten sobre la base ontológica fundamental de la condición humana.

La dinámica del capital precisamente opera a través de la radical escisión y ruptura del metabolismo social a través del cual determinados cuerpos-*poblaciones* se hayan biológica e históricamente ligados a específicos modos de ser de la Tierra-territorio. La expropiación, -instancia fundacional del capital- es el acto de violencia radical a través del cual se introduce esa ruptura; en ese plano, cobra plena dimensión el sentido de la afirmación marxiana respecto a que “*la separación es el verdadero proceso de generación de capital*” (Marx, 1867). La separación – expropiación como origen del capital (que Marx analiza emblemáticamente en el capítulo XXIV de El Capital) implica esa ruptura metabólica que escinde y separa los *productores* de los *medios de producción*, los *cuerpos* de los *territorios*, el *campo* de la *ciudad*, las *colonias* de las *metrópolis* imperiales.

A través de esa *falla abismal*, la naturaleza deja de ser concebida y tratada como el ámbito material de sustento y gestión de la vida y pasa a ser prácticamente considerada como mero reservorio de recursos para la valorización del capital (Leff, 1994; Machado Aráoz, 2010; Kruter Flores, 2013). En ese mismo proceso de objetualización – cientifización – mercantilización de la naturaleza, acontece una correlativa y simétrica degradación ontológica y material de la agencialidad humana, toda vez que el proceso de valorización del capital se realiza ineludiblemente a través de la subsunción de las energías psíquicas y corporales de los sujetos-trabajadores.

El efecto y las consecuencias de la gestión capitalista de la naturaleza (interior y exterior) ha sido también señalado: “*En la agricultura, como en la manufactura, la transformación capitalista del proceso de producción aparece a la vez como martirologio de los productores... Y todo progreso de la agricultura capitalista no es sólo un progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino a la vez en el arte de esquilmar el suelo... La producción capitalista no desarrolla la técnica y el proceso de producción sino socavando al mismo tiempo los dos manantiales de toda riqueza: la tierra y el trabajador.*” (Marx, 1867). De modo tal que *la mercantilización de la naturaleza implica así un correlativo proceso de apropiación-explotación de las energías corporales y de expropiación de las energías y potencialidades biopolíticas de esos cuerpos.*

Ahora bien, dicho esto, conviene explicitar qué entendemos por *extractivismo* y qué papel juega en el proceso de acumulación. Y acá hablamos de *extractivismo* para referir a *regímenes económico-políticos basados en la sobre-explotación de los bienes naturales de sus territorios*. Se trata fundamentalmente de economías concebidas y estructuradas como proveedoras de “recursos naturales” para el abastecimiento de economías externas. Los dos elementos claves que definen las ‘economías extractivistas’ son el de *sobre-explotación* y el de *orientación exógena o exportadora*. El concepto de sobre-explotación pone de relieve el carácter ecológicamente insustentable de este tipo de economías,

---

<sup>5</sup> Acá usamos el concepto de explotación para aludir específicamente al modo histórico que el capital instituye como forma hegemónica de concepción y relacionamiento con el ambiente. La característica decisiva de dicha modalidad reside en reducir la naturaleza a mero objeto - recurso para la producción de mercancías.



mientras que el de ‘orientación exógena’ expresa la dependencia macroeconómica estructural de las mismas.

Al concebirse y estructurarse básicamente como proveedores de “recursos naturales” o materias primas para otras sociedades/economías, *los regímenes extractivistas no se conforman como economías en sí y para sí, sino como economías incompletas y dependientes de aquellas a las que se destinan sus ‘productos’*. A través de ese tipo de ‘economías’, se estructura y efectiviza un *sistema estructural de transferencia neta de bienes ecológicos desde unos territorios-sociedades hacia otros*: se extraen bienes naturales de un ecosistema político para ser transferidos a otros; lo que se extrae no se repone (o se extrae más rápidamente que la tasa natural de regeneración). Esto significa que mediante los esquemas extractivistas tiene lugar *la producción de la más fundamental y persistente de todas las formas de desigualdad social que es la desigualdad ecológica o socioambiental*: el hecho de que determinadas sociedades o grupos usufructúan y consumen porciones crecientes de bienes y servicios ecosistémicos a costa del desplazamiento y/o degradación de las condiciones de vida de otros.

Como puede avizorarse, el extractivismo no resulta una “novedad” ni una “excepcionalidad” histórica, sino que más bien remite a la condición de posibilidad geográfica y ecológica de funcionamiento del capital como economía-mundo (Machado Araújo, 2013). El extractivismo específicamente es *la forma que adopta el capital en sus regiones periféricas y espacios coloniales*. Hace referencia a los regímenes económico-políticos constituidos como espacios subordinados, economías subalternas, básicamente concebidas y estructuradas como proveedoras netas de “recursos naturales” / *materias primas* para el abastecimiento de economías externas, las así constituidas como “centrales” / *industrializadas*.

El extractivismo refiere al colonialismo como la cara oculta del capitalismo; es la condición histórico-geográfica y ecológica de posibilidad del proceso de mundialización del capital. Da cuenta de los mecanismos y dispositivos inseparablemente epistémicos, jurídicos, económicos, políticos y bélicos a través de los cuales se produce y reproduce la apropiación desigual del mundo como requisito de la acumulación. Extractivismo significa consumo estructural y sistemáticamente asimétrico de las *energías*, tanto en sus fuentes naturales (territorios-bienes ecológicos) como en sus manifestaciones y producciones sociales (cuerpos-trabajo). Expresa, en definitiva, la jerarquización de los territorios y la racialización de las poblaciones como condición y efecto de dicha apropiación-consumo diferencial del mundo.

Ahora bien, si a nivel macro-geopolítico los esquemas extractivistas involucran dispositivos estructurales a través de los cuales se produce la degradación y el saqueo ecológico, la dependencia macroeconómica y la subordinación política de los territorios coloniales como condición y efecto de la dinámica de la acumulación, a nivel micro-biopolítico, los efectos del extractivismo tienen que ver con el proceso de expropiación o *saqueo ecobiopolítico de los territorios-cuerpos*.

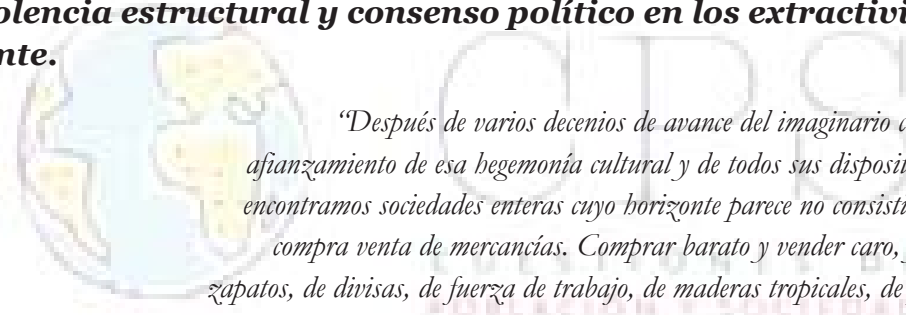
En general, la noción de expropiación ecobiopolítica hace referencia a la usurpación y apropiación de los territorios como formas de disposición y control de las poblaciones. Esto significa, por un lado, el despojo de la capacidad ecológico-económica de sustentación de los territorios. El saqueo de nutrientes, de agua, de aire y de energía, como elementos básicos para la constitución de la materialidad humana, impacta insoslayablemente sobre ésta en términos de deterioro estructural de las bases alimentarias, sanitarias y jurídicas de los sujetos. La degradación ecológica de los territorios se traduce en desnutrición, deshidratación e intoxicación de los cuerpos-individuos que los habitan. La violencia de la expropiación se imprime en forma de *estigma* en los cuerpos; cuerpos que, a su vez,

se devalúan económicamente (como fuerza de trabajo – capital humano) y políticamente, ya como *ciudadanos precarizados*, o bien ya directamente como *no-ciudadanos*: sujetos des-conocidos en su condición de “titulares de derechos”.

Pero por otro lado, en un sentido que acá se quiere destacar de modo especial, la expropiación ecobiopolítica alude a los efectos de larga duración de la violencia colonial extractivista sobre el sustrato afectivo y motivacional de la subjetividad. Las vivencias y experiencias del extrañamiento y la explotación de los territorios se hacen cuerpos. El recurso sistemático a mecanismos de súper-explotación opera, así, destruyendo los capilares de la afectividad-sensibilidad y va produciendo un progresivo proceso de *acostumbramiento* a la violencia endémica de los entornos coloniales.

En el umbral último del orden colonial, el extractivismo opera produciendo una abismal expropiación de la sensibilidad corporal. Expropiación, más que con *arrebato*, tiene que ver acá con eficacia performativa; da cuenta de la *capacidad biopolítica de producir sujetos radicalmente in-sensibles a la explotación*. En parte por acostumbramiento-internalización del dolor social; en parte por la colonización-mercantilización del deseo.

### 3.- Violencia estructural y consenso político en los extractivismos del presente.



*“Después de varios decenios de avance del imaginario capitalista neoliberal, de afianzamiento de esa hegemonía cultural y de todos sus dispositivos institucionales, hoy encontramos sociedades enteras cuyo horizonte parece no consistir en otra cosa que en la compra venta de mercancías. Comprar barato y vender caro, ya estemos hablando de zapatos, de divisas, de fuerza de trabajo, de maderas tropicales, de pájaros vivos, de partes de cuerpos humanos, de genes, de emociones, de conocimiento científico, en eso consiste la vida humana para demasiada gente, sobre todo en las zonas que llamamos ‘desarrolladas del planeta’”. (Jorge Riechmann, 2013).*

Los desarrollos previos nos permiten comprender hasta qué punto los conflictos socioambientales que irrumpen en los contextos del presente son disputas que atraviesan e involucran la materialidad de los cuerpos y aún, los sustratos motivacionales más profundos de la agencialidad humana.

Es que, en realidad, no hay conflicto por los territorios que no atraviesen los cuerpos, no sólo en su materialidad biológica (inevitablemente afectada por los trastornos que se introducen en su hábitat) sino también en su carácter de soporte experiencial sensible del obrar. En tal sentido, los conflictos ecológicos, son eminentemente conflictos donde confrontan subjetividades y sensibilidades antagónicas; giran en torno a las sensibilidades e insensibilidades; a formas radicalmente distintas de “ver y sentir el mundo”; a lo que los cuerpos son capaces de “sentir” y a lo que ya “no sienten”.

Las subjetividades se configuran a través de los distintos modos como los cuerpos perciben el mundo, y a los distintos modos también de cómo el mundo *impresiona* a los cuerpos. Como indica Scribano, “percepciones, sensaciones y emociones constituyen un trípode que permite entender dónde se fundan las sensibilidades. Los agentes sociales conocen el mundo a través de sus cuerpos, mediante un conjunto de impresiones que impactan en forma de intercambio con el contexto socio-ambiental. (...) Dicho entramado configura las sensaciones que los agentes se ‘hacen’ de aquello que

puede designarse como mundo interno y externo, mundo social, subjetivo y ‘natural’... Las emociones pueden verse como el puzzle que adviene como acción y efecto de sentir y sentirse...” (2007: 210).

Esta perspectiva pone de manifiesto las estrechas relaciones existentes entre *territorio* y *subjetividad*, conectadas por la centralidad que tienen la organización espacial de la vida y la estructuración de las percepciones corporales, ambas, a su vez, entendidas como formas de poder y como efectos del poder (Bourdieu, 1980; Foucault, 1980). La idea de territorialidad alude precisamente a esas diferentes formas de concebir, vivir, sentir, valorar y producir el espacio habitado (Santos, 1996).

En este sentido, cada territorialidad es un mundo; *un mundo habitado por sensibilidades, subjetividades, sociabilidades y creencias propias*: sensibilidades y sociabilidades hechas prácticas; creencias hechas cuerpos, que es lo que al fin y al cabo define la identidad y la agencialidad política de los sujetos, individuales y colectivos, pues como decía Bourdieu “*lo que se aprende con el cuerpo no es algo que se posee (...) sino algo que se es*” (1980: 124).

De tal modo, los conflictos por los territorios son luchas entre diferentes formas de *sentirlo*. Es que, más allá de los empeños de la razón imperial por suprimir de lo humano el universo de las emociones y los sentimientos, éstos hacen al sustrato constitutivo de nuestra *especificidad humana*. Somos seres *sintientes*; los sujetos colectivos son –también, fundamentalmente– *comunidades sintientes*. Lo que sentimos no son “puras sensiblerías”; es el sustrato motivacional de nuestras prácticas. Los sentimientos no son un dato biológico, ni psicológico; *son una construcción política*. Aunque personales, los sentimientos se con-forman inter-subjetivamente, se construyen en y a través de las relaciones; no salen ‘prefabricados’ de nuestros cuerpos; se van moldeando por y a través de las relaciones que se entre-tejen entre unos cuerpos con otros y entre los cuerpos con la naturaleza-territorio-hábitat.

Desde esta perspectiva es posible entender cómo la avanzada de los regímenes extractivistas opera fracturando las sensibilidades políticas, creando diferentes formas de percibir y sentir el acto expropiatorio de la alienación territorial (Santos, 1996; Machado Aráoz, 2012). Por un lado, comunidades movilizadas por el *dolor social* que provocan los desmontes, las fumigaciones masivas del agronegocio, las mega-obras de la infraestructura de exportación, las voladuras de la minería a gran escala, etc. Por otro, amplias mayorías urbanas, alejadas de los impactos directos del extractivismo, y más bien movilizadas bajo el efecto de las impresiones y percepciones surgidas del crecimiento económico.

La distancia que separa a unos y otros sectores, en particular, la propia brecha que al interior de los sectores populares de los países con gobiernos progresistas lleva a confrontar entre adeptos a sus políticas de “desarrollo con inclusión social” y opositores a la expansión de los “enclaves extractivistas neocoloniales”, delinea cabalmente la naturaleza ecobiopolítica de las nuevas conflictividades. Esas fracturas y contrastes no son ideológicas, sino más bien propiamente biopolíticas; aluden a modos antagónicos de ver y sentir el mundo. De un lado, subjetividades-cuerpos movilizadas por el impacto socio-ambiental de sus territorios; del otro, subjetividades-cuerpos afectados más bien por la fiebre de la “recuperación” y la expansión del consumo.

Es claro en este sentido el crucial papel facilitador y viabilizador que en la avanzada extractivista ha tenido el contexto de “crecimiento económico” convencional. Los impactos expropiatorios de la expansión de las fronteras materiales y simbólicas del capital están siendo virtualmente *amortiguados* por la vorágine consumista alimentada por los excedentes de la balanza comercial. De allí que para

intentar comprender la particular ecuación de gobernabilidad sobre la que están asentados los actuales regímenes extractivistas de la región nos parezca adecuado apelar a la metáfora de una mega-intervención quirúrgica a gran escala. Mientras que el efecto arrasador que las inversiones extractivistas tienen sobre los territorios y ecosistemas puede verse como una gran amputación del cuerpo social que es -más literal que metafóricamente- expropiado de las bases territoriales (alimentarias, hídricas, energéticas, de biodiversidad) de la agencialidad, la correlativa expansión consumista desatada por la “recuperación del salario y el empleo” funciona como una eficaz anestesia que mitiga el dolor social de la expropiación.

De acuerdo al Diccionario de la Real Academia Española, anestesia significa *“falta o privación general o parcial de la sensibilidad, ya por efecto de un padecimiento, ya artificialmente producida”*. El efecto de la anestesia es crear zonas, momentos, instancias de insensibilidad; el paciente anestesiado deja de sentir las ‘señales’ que le emite su propio cuerpo; deja de sentir su propio dolor; deja de sentir su cuerpo(-territorio) como propio... Literalmente expropiado... Tal el efecto que, nos parece, describe la dinámica biopolítica del consumo en los contextos contemporáneos.

Si esto es así, puede advertirse que tan o más graves que las consecuencias socioambientales de la actual fiebre extractivista, resultan las consecuencias biopolíticas de la expansión consumista. Las sensibilidades fabricadas al calor del consumo difícilmente dejen lugar a la creación de subjetividades rebeldes; ni qué hablar de “revolucionarias” o “postcapitalistas”. La expansión de la *fiebre consumista*, lo sabemos, provoca estragos en las energías revolucionarias; opera como una gran planta de fabricación de subjetividades capitalistas; de colonización de los cuerpos en sus esferas más íntimas y complejas, la de los deseos, las emociones y los sentimientos. El consumo, por eso, es fetichismo. La forma mercancía parece la portadora de la felicidad. Y cuando eso sucede –por insensibilidad/inconciencia, por resignación o por convicción- el universo de los ideales políticos, las máximas aspiraciones libertarias, igualitarias y de justicia, se reducen drásticamente a la aspiración minimalista de ‘participar’ en el consumo de mercado...

En NuestrAmérica, amplias fracciones del campo popular, sujetos colectivos ‘nuevos’, ‘viejos’ y en ‘transición’, vienen todos marcando un rumbo de re-ex-sistencia (Porto Goncalves, 2002) desde la defensa de sus territorios convertidos en espacios de nuevas formas de vivir y sentir la vida y el mundo, el mundo-de-la-vida... Pero también, amplias mayorías, igualmente, objetivamente provenientes de sectores populares, engrosados con clases medias y acomodadas, viven ajenas y extrañas a los dolores de la explotación. Viven y sienten todavía, el mundo fetichizado del consumo, en el cual la explotación es la condición necesaria para el progreso – con o sin “inclusión social”... Tal el dilema urgente que se cierne sobre nuestros cuerpos-territorios.

## ***Bibliografía***

Bashkar, Roy (1987) “Scientific Realism and Human Emancipation”. Verso, London.

Bashkar, Roy (1989) “Reclaiming Reality”. Verso, London.

Bourdieu, Pierre [1980] (1991) “El sentido práctico”. Taurus Humanidades, Madrid.

- Castoriadis, Cornelius (2005) “¿Que democracia?”. En “Figuras de lo pensable”. Fondo de Cultura Económica, México.
- Foster, John Bellamy. 2004. *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Madrid: El Viejo Topo.
- Foucault, M. (1980) “Microfísica del Poder”. Ediciones de la Piqueta, Madrid.
- Kruter Flores, Rafael (2013) “Dos antagonismos na apropriação capitalista da água à sua concepção como bem comum”. Tesis de Doctorado. Programa de Pós-Graduação em Administração da Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Porto Alegre.
- Leff, Enrique (1994) “Ecología y Capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable”. Siglo XXI, México.
- Machado Aráoz, H. (2010) “La ‘Naturaleza’ como objeto colonial. Una mirada desde la condición eco-bio-política del colonialismo contemporáneo”. *Onteaiken* N° 10. Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba. Disponible en: <http://onteaiken.com.ar/ver/boletin10/1-2.pdf>
- Machado Aráoz, H. (2012a) “Desarrollismo extractivista y conflictos socioterritoriales. De la depredación ecológica a la degradación de la democracia”. En Revista “Aportes científicos desde Humanidades”, N° 9, Editorial Científica Universitaria, UNCA, Catamarca, 2012.
- Machado Aráoz, H. (2012b). “Los dolores de Nuestra América y la condición neocolonial. Extractivismo y biopolítica de la expropiación”.- *Revista OSAL Observatorio Social de América Latina* Año XIII, N° 32, Noviembre de 2012, pp.51-66.
- Machado Aráoz, H. (2013) “Orden neocolonial, extractivismo y ecología política de las emociones”. En RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção, v. 12, n. 34, pp. 11-43, Abril de 2013. ISSN 1676-8965. ARTIGO <http://www.cchla.ufpb.br/rbse/Index.html>
- Marx, Karl [1867] (1977) “El Capital”. Tomo I. México: Siglo XXI.
- Marx, Karl [1857] (1971). “Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)”. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marx, Karl, [1844] (1978). “Manuscritos de París”. Barcelona: Crítica.
- Marx y Engels, [1846] “La ideología alemana”. Ediciones varias. Disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1846/ideoalemana/>
- Porto Goncalves, Carlos W. (2002) “Da geografia às geo-grafias: um mundo em busca de novas territorialidades”. En “La Guerra Infinita: Hegemonía y terror mundial”. Ana Esther Ceceña y Emir Sader. Clacso, Buenos Aires.
- Santos, Milton (1996) “Metamorfosis del Espacio Habitado”. Oikos-Tau, Barcelona.
- Scribano, A. (2007) “Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones”. Sarmiento, Córdoba.
- Scribano, Adrián (2008a) “Bienes Comunes, Expropiación y Depredación Capitalista”. *Estudios de Sociología* Vol 12, No. 1: p. 13-36. Editora Universitária da UFPE, Recife.
- Scribano, Adrián (2008b) “Cuerpo, conflicto y emociones: en Argentina después del 2001”. *Revista Espacio Abierto*, 17 abril-junio, 205-230. Dossier Cuerpo y Emociones en América Latina. Universidad de Zulia. Venezuela.



## *Extractivismo y “Consenso Social”*

Scribano, Adrián (2008c) “Fantasmas y fantasías sociales: notas para un homenaje a T. W. Adorno desde Argentina” *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*. Vol 2 N° 2 <http://www.intersticios.es/issue/view/176>. España

Scribano, Adrián (2009) “A modo de epílogo. ¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones?”. En Scribano, A. y Fígari, C. (Comp.) “Cuerpo(s), Subjetividad(es) y Conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica”. Clacso, Ciccus Ediciones, Buenos Aires.

Scribano, Adrián (2010) “Un bosquejo conceptual del estado actual de la sujeción colonial”. En *Onaiken* N° 9, Boletín sobre Prácticas y Estudios de Acción Colectiva. Publicación del Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Junio de 2010.

Svampa, Maristella (2012) “Consenso de los commodities y megaminería” - *Revista América Latina en Movimiento* N° 473, Año XXXVI.

